



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

Joaquín Valverde y Sanjuán (*Quinito*).



Cobra trimestres muy sanos
y estrena de cualquier modo,
poniendo música á todo
lo que le cae entre manos.

SUMARIO

Texto: De todo un poco, por Luis Taboada.—De juerga, por Juan Pérez Zúñiga.—Pallique, por Clarín.—Todo nuevo, por Eduardo de Palacio.—Historia enojosa, por Luis de Ansoarena.—Querubini de oficio, por José Zahonero.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Joaquín Valverde y Sanjeán (*Quinto*).—Saludos (cuatro viñetas).—El sexo fuerte?—Quejas fundadas.—Alta política, por Gilla.



Primero el conflicto del pan, que nos ha obligado á comer panecillos hechos por aficionados, y resultaban, por consiguiente, tan defectuosos como las comedias del Liceo Ríns, y ahora las viruelas que padece el ganado vacuno de ambos sexos.

Vive uno de milagro en este Madrid.

Lo mejor es mantenerse con huevos pasados por agua, y aun así se corre el peligro de que los huevos sean producto de los ruines falsificadores que abundan, por desgracia, en nuestra tierra.

Aquí se ha llegado hasta falsificar el escabeche, y cuando usted creía estar comiendo un trozo de atún con pimientos y tomates, venían á decirle que aquello no era atún, sino perro salado.

Para colmo de desventuras, ya no nos podemos fiar ni del ganado de cerda.

Hay muchos individuos de esta familia que están sufriendo las molestias propias de toda erupción cutánea, y desean que se les sacrifique cuanto antes para que nos los comamos.

En vez de suicidarse, por no poder soportar el picor de las viruelas, se dejan matar con cierto regocijo interno, y dicen al dar las boqueadas:

—¡Valiente disgusto vamos á proporcionar al hombre! ¡Desgraciado del que nos coma!

Algún cerdo de buena índole, al sentirse indispuesto, lanza miradas á su verdugo, como si quisiera decirle:

—Estoy malito; que no me coma nadie.

Ha habido cerdo carifoso y amante de la humanidad que, al ser reconocido por el veterinario, levantó la patita para que le viese dos viruelas que le habían salido en la barriga.

—No me gusta engañar á nadie—diría para sí el cerdo doliente.—No quiero llevar al otro mundo el remordimiento de haberme dejado comer estando varioloso.

Á primera vista se nota si un cerdo tiene las viruelas. Basta mirarle los ojos y fijarse en su expresión.

El cerdo varioloso tiene la mirada triste y un gesto de suprema angustia en la fisonomía.

Cuando baja la cabeza y suspira, es señal evidente de que sufre las molestias de la erupción.

Un extremeño, amigo mío, conoce al cerdo como si lo hubiese llevado nueve meses en sus entrañas, y en cuanto le ve abatido y sin gusto para triscar, lo tapa con un cobertor para que no se enfríe y le hace tomar á la fuerza una botella ó dos de agua de Carabafia.

Merced á estos procedimientos ha salvado la vida á muchos gorrinos, que hoy corretean alegremente por las dehesas de Cáceres y que el mejor día resultan nombrados directores generales de cualquier ministerio.

El que come carne de cerdo varioloso no se envenena precisamente, pero queda muy resentido, y alguno ha llegado hasta perder la frescura del cutis y á cubrirse de pelos largos.

Lo primero que se nota después de haber comido cerdo con viruelas es un picor muy grande en todo el cuerpo. Después comienzan los calambres y, por último, sobreviene la postración, tanto que en la calle del Per hay una señorita atacada por haber comido lomo, y no se quiere levantar ni á tiros.

Está echada en un rincón, con la cara vuelta hacia la pared y las piernas encogidas.

Cuando se le acerca el médico, gruñe, y cuando tiene ganas de comer, escarba.

Lo del pan se ha arreglado definitivamente, y ya vuelven los repartidores á realizar su importante misión sobre la tierra.

Han terminado, pues, los *meetings* en el salón de Variedades, y por algún tiempo dejarán los periódicos de citar nombres.

Ya estábamos acostumbrados á leer noticias referentes á Pallefigue, á Rego, á Castañeira, y ahora los vamos á echar de menos.

Nos queda la esperanza de que pronto habrá otra huelga y otros *meetings* y otros panecillos; porque aquí, ya se sabe, sin huelgas no podemos vivir.

Por de pronto, ya se anuncia una huelga transcendental: la de los empresarios de coliseos.

Luis Taboada.

De juerga.

—Prepárese usted, don Cosme, que hoy la vamos á correr.

Póngase usted un traje corto y un sombrero cordobés, y agarre una buena tranca, y aquí á buscarle vendré con dos amigos barbianes y tres mozas de chipén.

—Pero ¡hijo mío! ¿Á mis años?

—Nada, nada, venga usted y verá lo que es canela, que aún no lo sabe usted bien.

Así hablaban en la casa de huéspedes (Perro, seis) un estudiante más malo que el mismísimo Lúbel y un señor machucho y serio; y éste, como quiera que tenía desde muy joven deseos de conocer

lo que era una juerga, dijo:

—¡Qué diantre! ¡La correré!

En efecto, aquella noche, cuando sonaban las diez, se apeaba el buen don Cosme de un carruaje de alquiler con tres chulas, dos amigos y una guitarra también, y entraban en un cuartucho de un colmado que yo sé, donde don Cosme esperaba disfrutar (¡qué candidez!) con los chistes de ellos dos y los mimos de ellas tres.

Sobre una mesa de pino pintada de color de chocolate del barato, vió don Cosme aparecer seis vasos de una sustancia que, aunque no sabía bien, le juraron que era vino superior. Luego después sacó un trozo en una fuente seis pescadillas (las seis pescadas, sin duda alguna, el año cuarenta y tres), y los juerguistas de oficio se pusieron á comer, soltando entre sorbo y trago detrengüezas á granel.

Uno cogió la guitarra y dijo don Cosme:—¡Olé! ¡Vivan las juergas alegres en donde se canta bien!

Pero, sí; ¡vaya unas coplas! Sólo hicieron su papel en ellas las lagrimetas,

«la pañalá que te deus, «la mareíta del arma», «la sepultura», «el ciprés» y «las rejas de la cárcel» y «las penas del querer», y «las espinitas», y otras cosas del mismo jaez.

Don Cosme, harto de *pipios* y sin ganas de comer, por los *joyes!* que lanzaban los de las coplitas, fué y echó los ojos á una de las chulapas, á Inés la *Escachifollá*, querida de uno de ellos, de José, quien al verle hecho jalea por *mor* de aquella mujer, sin andarse con remilgos, ¡pataplum! le dió en la sien con el pitorro escorvado de una botella de Seitz.

Quiso amoscarse don Cosme, pero le dijeron que en las juergas esas cosas eran corrientes. Después, con una intención del diablo, le obligaron á beber, y en vez de achisparse, al pobre se le pusieron de pie las pescadillas, y el vientre no le cesó de doler.

¡Qué congojas! ¡Qué mareos!

¡Qué ir y venir al *buffet!*

En tanto, los damás, por cosas que no es menester contar, armaron tal bronca, que el viejo de buena fe creyó morir de *bronquitis* aguda en un santiamén.

Restablecida la calma, volvióse á cantar lo de «las lágrimas de los ojos», «la pañalá que te deus», «la mareíta del arma», «la sepultura», «el ciprés» y «las rejas de la cárcel» y «las penas del querer», hasta que ya, cuando entraba el sol en el cuarto aguel, salió don Cosme llorando igual que una Magdalá.

Ya de regreso en su nido, y á eso del amanecer, viejo y mozo se acostaban más borrachos que Noé.

—¿Y á eso llámás una juerga?— dijo don Cosme.—Pues bien:

¡que me peguen cuatro tiros
si voy de juerga otra vez!
¡Qué demonio! ¡En cualquier misa

de requiem, si se va á ver,
se pasa mejor el rato
que en las juergas que corréis!

Juan Pérez Zúñiga.

PALIQUE

Blasco... un libro de Blasco: «Corazonadas. A Clarín, su viejo amigo, Eusebio Blasco».

Viejo.. bueno; ¿pero amigo? ¿Somos amigos, Blasco? Un día salí yo á defenderme de ataques que creí injustos, y Blasco quiso agradecer á Segismundo, alabándole que quisiera tirarme á mí por el balcón. Yo no sé si caí al mar ó no; pero sé que pocos días antes, hablando en la Cervetería Inglesa, Blasco me daba la razón á mí contra Segismundo... que también había querido tirarle á él por el balcón.

¿Está eso bien hecho, Blasco? ¿Hacen eso los amigos?

Dos cartas me ha escrito Blasco de entonces acá, y no he contestado á ninguna por eso... porque hay que aclarar si es ó no es mi amigo.

Es posible que Blasco se haya olvidado de la mala acción que le debo; pero en él no tiene mérito el olvido. Lo tendría en mí, la víctima.

Y yo no olvido. Perdono, eso sí; pero no olvido.

A pesar de todo esto, si al escribir una y otra vez Eusebio Blasco: amigo Clarín, sentía lo que decía; si se creía de veras mi amigo... lo es. A su conciencia lo dejo. Condicionalmente, venga esa mano.

Ya que estamos de buenas, voy á decirle á Blasco una cosa que nunca he dicho á nadie.

Yo he sido, de muchacho, gran admirador suyo.

Escribía él en *Gil Blas* y yo adoreba de lejos á *Gil Blas*. Doce años contaba yo cuando *Gil Blas* publicó espontáneamente, porque le gustaron, unos versos míos... ¡Qué alegrón aquel!

Un día, soñando, soñando, se me ocurrió que yo llegaba á ser, después de estudiar mucho, redactor de *Gil Blas*, y que alternaba con Blasco, y que nos hacíamos amigos ¡qué gloria, qué triunfo! Pasó el tiempo, y las impurezas de la realidad y de los ripios quisieron que en el camino de la vida me encontrara con la Rosa amarilla antes que con Blasco.

Cuando Blasco se me presentó en la Comedia... ya había dicho yo muchas perrerías de sus obras dramáticas.

No importó. Fuimos amigos. Pero ¡ay! Blasco no tenía ya aureola para mí. A fuerza de sextercios él mismo había oscurecido el glorioso nimbo.

Blasco ha pecado mucho. En muchos sentidos. Pero es de los que pueden ser perdonados.

Casi siempre es superficial, muchas veces incorrecto, pocas sincero, soso y anodino á ratos... pero ha tenido gracia en bastantes ocasiones. Ha hecho reír muy de veras á mucha gente. Y muchos escritores festivos del día no han conseguido jamás otro tanto.

Los chistes de Blasco han sido muchas veces relativos, de circunstancias... pero ha tenido chistes. Y eso es algo. Bien mirado, en los tiempos que corremos, es bastante.

Y ha trabajado mucho... Veintiocho libros, cincuenta y siete comedias... «de cinco á seis mil artículos». ¡Matar es!

Algunas de las comedias y zarzuelas bufas de Blasco, de las antiguas, me hicieron mucha gracia, *illo tempore*. ¿Me gustarían si se estrenaran ahora? Puede que mucho menos. Pero, en resumidas cuentas, Blasco ¿fue alguien? ¿Qué duda cabe!

Ahora tiende al simentalismo, que le sienta mal. Habla con sinceridad simpática cuando habla de sus propios males, de su cansancio, de sus pocos cuartos, de lo que cuestan los hijos, etc. etc. Y hasta cuando era conservador era algo liberal (liberal conservador).

Es patriotero á veces, y á veces parece el tipo aquel de Figaro que todo lo español tenía por malo.

Ha ofendido mucho á Cervantes, pero mucho más á Bossuet.

¡Pero ha luchado tanto!

¡Hace tantos años que siembra garbanos con la pluma!

Cuando habla en el café de las ventajas que nos llevan los franceses en costumbres literarias, da gusto oírle. Es hasta un buen observador.

No, no es un cualquiera.

Y aunque lo sea... á mí me cae en gracia.

No le defiendo objetiva sino subjetivamente, hablando á lo pedante y mal.

Y de *Corazonadas* ¿qué?

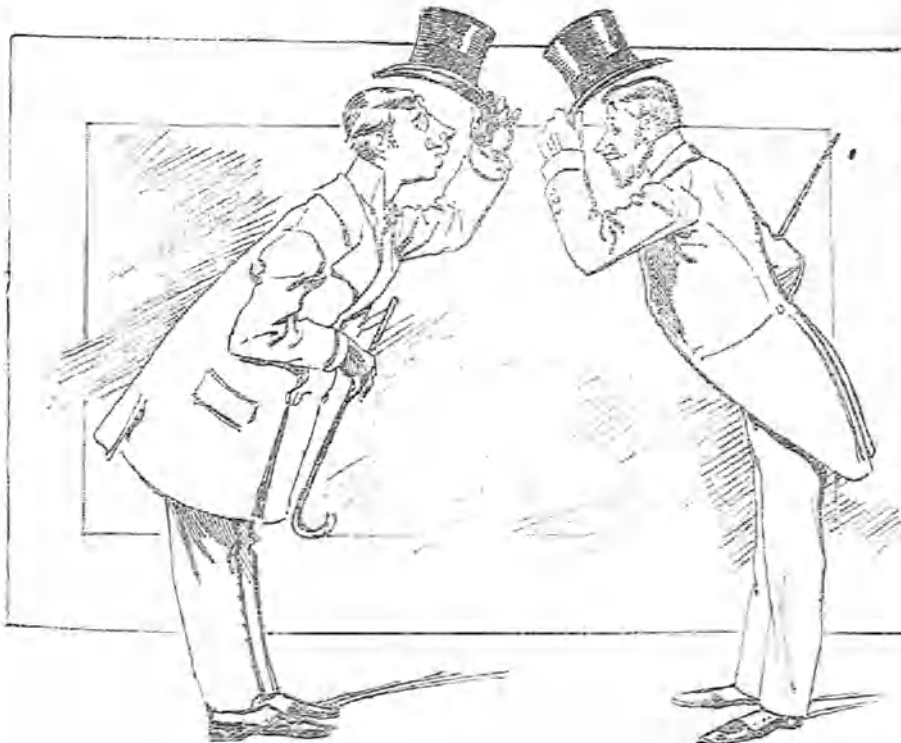
Que, por lo menos, no son corazonadas... del hígado. Ni una plancha de riñones.

Algo tendrán, acaso, de corazonadas... del estómago.

Y á mucha honra.

Clarín.

Saludos.



—Servidor de usted.
—Muy señor mío.



—Adiós, tñ.

Saludos.



—A la orden, mi coronela.

—Beso á usted la mano.

Todo nuevo. (1)

Mientras ustedes se divertían por esos balnearios y por esas playas y dejaban la inmundicia por ahí, como dice una patrona que no es de huéspedes, según ella anuncia, nosotros hemos limpiado y renovado Madrid para que no nos lo agradezcan.

Hemos revocado sinnúmero de casas, hemos puesto como nuevos los teatros.

Verán ustedes cómo está el Real: hasta tiples nuevas.

¿Y la Zarzuela? Artistas nuevos y artistas recompuestos.

¿Y Romea? Hasta vistas á la calle tiene ahora.

¿Y Apolo? Forrado y guateado ó enguantado de nuevo.

¿Y la Comedia? «Renacida de sus cenizas»

¿Y el Español? Hasta la ropa de los acomodadores vuelta para mayor claridad.

¿Y Lara y Eslava? Buenos.

El teatro Cómico no le conocerán ustedes.

Ni el Moderno.

Como que son de nueva planta.

Y algunos cafés, y el dios Neptuno.

Todo nuevo.

Las patronas que se estiman en algo no podían permanecer indiferentes al movimiento progresivo de la humanidad.

Conozco establecimientos del género que ban de admirar á los pupilos cuando regresen para el curso de 1897 á 1898. ¡Qué lujo!

Estoy seguro de que desconocerán aquella casa paterna accidentalmente en años anteriores y aun sentirán cierta cortedad ante la grandeza que admiren sus ojos.

—¡Si habré equivocado las señas!— pensarán.— ¡Si habré equivocado la casa de la patrona!

Porque la misma D.^a Nicasia ha mudado de fisonomía; no diré que ventajosamente, pero sí que ha mudado de rostro.

Aquella sala con sillería de Vitoria y aquellas jardineras que embellecieron la casa de D.^a Nicasia, cuando casó con el desdichado que «hoy gime bajo tierra», como dice la viuda, no son esas.

De 1850 á nuestros días ha variado el gusto, y la sillería y todo el mobiliario que hoy adorna la sala es, cuando más, de 1890 á 01.

Pues ¿y la cara de Nicasia?

También es otra; más fea si cabe, pero mejor blanqueada.

¿Y el cabello?

Ahora es rubio, canelo, mejor dicho, y abundante.

¿Y la boca? Aquella boca desdentada, que parecía el tornavoz del apuntador, luce hoy un juego de dientes hermosísimo y completo.

Como que en la calle le dijo, días pasados, un chulo indecente, apuntándole con el índice de la mano derecha á la boca:

—Maestra, dominó.

Pero todo lo ha reformado Nicasia.

Las camas de los pupilos, que eran con chinchas; los colchones de pluma, con pollos y todo; las sillas, las mesas, las perchas...

Y en el *menú* de la comida ha variado mucho.

Por ejemplo:

¿Antes daba un par de huevos fritos para almorzar?

Ahora piensa dar uno, pero grande, huevo de pava.

El chocolate con migas naturales, para desayuno, se conserva, como también el bacalao en su propio jugo, y otros platos delicados al par que estomaca-artificiales.

Y verán ustedes cómo los ingratos no lo agradecen, y en viendo cómo ha puesto la casa D.^a Nicasia y las reformas en trato y servicio, huyen de aquel palacio encantado.

Somos malos de suyo.

(1) Este artículo se publica con algún retraso... por causa de las lluvias.

HISTORIA ENOJOSA

I

Ella con pesar le cuenta el tristísimo pasado, cuyo recuerdo atormenta su corazón destrozado; pinta con vivos colores sus sueños de adolescente y los primeros amores de que gozó castamente... Amores desvanecidos, porque su envidiable calma murió al ahogar los sentidos sublimidades del alma. Y aunque ya nada la queda de aquel anhelo profundo, y ha muchos años que rueda por los abismos del mundo, no se da cuenta cabal de que se viera impulsada á ir en derechura al mal, dejando de ser honrada. Pero es lo cierto del caso que al fin la infeliz cedió; y que, dado el primer paso, sin detenerse siguió y, en delirantes excesos transformados sus amores, fué repartiendo los besos de sus labios tentadores. Esto refiere la impura, y él, que se siente excitado por la soberbia hermosura del cuerpo que tiene al lado, oye con pena y disgusto lo que dice la mujer, porque piensa que no es justo poner sombras al placer, y le molesta aquel llanto y le fastidia la historia, por retrasar una gloria con la que ha soñado tanto.

II

Sigue ella su relación... cuando él ya siente el desvío que en toda humana pasión nace al nacer el hastío; y habla del hondo pesar de la mísera existencia que sólo consigue hallar desprecio é indiferencia. Refiere la sorda lucha que á su espíritu ha rendido... Y él... la deja hablar y escucha somnoliento y aburrido, porque piensa que no es justo el afán de una mujer que le presenta el disgusto para postre del placer. Y como nada ha quedado de la pasajera llama, él se aparta de su lado, y ella, al quedar sola, exclama: —Decirle lo que le he dicho fué, en verdad, vana locura... Sólo le traje... el capricho que le infundió mi hermosura. Para él la historia que oyó carecía de interés... ¡Primero le impacientó y le ha aburrido después!

Luis de Ansorena.

EL SEXO ¿FUERTE?



—¡Caramba! el caso es que necesito una docena de corbatas y no sé qué modelos elegir... ¡Ay, Jesús! nos mandan unas cosas de París este año...

Querubini de afición.

I

Para todo hay en este mundo aficionados. Los hay á tocar el bombo, á coleccionar fotografías de cajas de fósforos, y claro que son conocidos como muy entusiastas los ciclistas y los del arte dramático; pero si hay aficionados que lo son al papel de apuntador, ¿qué diréis del que es aficionado al papel de empresario? Por supuesto, á empresarios sin empresa seria, sino de pura afición. Jugar á empresarios. ¡Querubini de afición! ¿Quién lo pensara? Trátase del viejo caballero D. Carlos Cascabel, hombre muy pulcro de ropa y muy embadurnado de tintes y de aceites, por arteificio de parecer joven, empresa la más difícil de cuantas persigue.

El primero de sus teatros es su cara, para la cual emplea un talento escenográfico de primísimo cartel. Claro es que visto de cerca el tizne resulta con la arruga, y el colorete con la amarillez, y pardea el bigote, y se le azula el pelo, y que si una violencia del viento coge á D. Carlitos descubierto, puede darse el efecto de un cambio de decoración, como en las comedias de magia, y volará el bisoñé, quedando la testa *ad memento homo* y en lisura de *cucurbitácea*.

—¿Dónde se va, D. Carlos? hubimos de preguntarle hace pocos días.

—Voy casa de Matilde Repiso los viernes, los jueves al tresillo de la marquesa, los lunes al palco de Amelia, algunas veces al Club. No me divierto mucho este año.

—Es singular. Claro, con las guerras...

—No están aquí las Guerras... pasan el invierno en París, y esto es un fastidio; son muy animadas esas señoras.

Si no hablo de las señoras de Guerra, sino de la artera guerra de Cuba y de la guerra de Filipinas.

—¡Ja, ja! ¡Está bueno el *quid pro quo*—exclamó el insulso veje te riendo y enseñándome la falsa decoración de su boca, empedrada de huesos quizá más viejos que él, pero tan propios de él, caso de que proviniesen de algún animalito.

—¿Y en qué empresa está usted ahora? ¿No forma usted alguna compañía de aficionados?

—¡Hombre, no! Eso es siempre largo: los ensayos, las decoraciones, los tiquis-miquis de las muchachas... Voy á realizar una cosa sorprendente.

—Hombre... ¿qué es ello?

—¡Es mi secreto!

—¿No merezco yo de mi amigo...

—No, no... El asunto es serio... Trátase de dar aquí, en esta sociedad, un espectáculo digno de gente ilustrada y de buen gusto... y para ello...

—Nadie como usted... tan vivo, tan sociable y que tiene tan gran partido entre las damas, ¿eh, Sr. Cascabel? á pesar de los pesares.

—Hombre, yo no soy tan viejo...

—¿Quién dijo tal? Se conserva usted admirable, se mueve como un molinete de cazar alondras... Pero, en fin, dígame usted qué prepara. ¡Un cotillón!

—Nada de esto... Frío, frío...

—Algunas charadas representables...

—¡Que se quemal

—Concierto.

—Nada, no se canse usted... no es posible que usted acierte.

—Lo que fuese sonará, respetable Sr. Cascabel.

II

Producía verdadera preocupación en la sociedad aquel proyecto de que hablaba el viejo verde en todas partes. El iba muy alegre de aquí para allá, mostrándose al principio satisfecho, sin duda, de sus preparativos.

Había dado el caballerete en una locura enorme. Al acostarse bailábase en su vana cabeza bulliciosas imágenes, tenía por ensueño apariencia de enardecimientos juveniles... Creía ver hermosas muchachas enamoradas de su facha apuesta y de la dulzona conversación de que él hacía gala... Era necesario realizar aquel sueño...

¡Quién sabe por qué!

¿Cómo realizarlo?...

En los salones del duque de Valgamarra se supo al fin el intento del sátiro sexagenario. Entró éste de malísimo humor, ceñudo, refunfuñando, quejándose de la falta de gusto, censurando lo que él llamaba hipocresía de las muchachas y dándose al diablo porque el plan, que él, D. Carlos Cascabel, sujeto docto en tintes, sapientísimo en bombones, eminentísimo en trapos, director é ingeniero de fiestas, hablista sutil, gangoso refinado y cursi de la retórica de la insulsa galantería senil y frívola... el plan que él había ideado no podía realizarse.

—¿Qué ocurre... al caballero Cascabel?—díjole con fina burla una hermosa morena.

—Ocurre... que la baronesa de Zeca y Meca quería dar una fiesta... y me dió el encargo de que yo la organizase... ¡Idea... un portento!

—Lo creemos—dijo la linda vizcondesa de Sarpi.

—Pues bien, todo resulta irrealizable... Las muchachas quieren concurrir ¿eh? para divertirse, ¿estamos? Las muchachas quieren concurrir ¿eh? para divertirse, ¿estamos?

—Naturalmente, á una fiesta.

—No, señor; quieren concurrir... bailar, lucirse, llenarse en el buffet la pancita... y no hacer nada por la fiesta.

—Hombre, ¡qué desatinado está usted!—exclamó la morena.

¡Cuál no sería la sorpresa de las muchachas aquellas que escuchaban á Cascabel cuando le oyeron decir que se había propuesto hacer unos cuadros vivos, y que ninguna muchacha se prestaba á semejante mojiganga... y todo por hipocresía.

—Hombre, eso se llamaría así en los tiempos de usted—exclamó una linda señorita frunciendo un poco el entrecejo.—En estos tiempos—añadió—se llama decencia.

Cascabel no oyó esto, ó no quiso oírlo, y siguió echándose las de satírico.

Tal señorita no se prestaba á formar parte del espectáculo por fea, tal otra por flaca, aquella por gruesa... Era una locura la del viejo, temblón, grosero, loco frénético, como aquellos carcamales que ocultos profanaban la castidad de Susana.

De pronto una linda y arrogantisíma niña se acercó á él y le dijo:

—Cuente usted conmigo y con mis amigas para la representación de los cuadros.

—¿Eso es cierto?—exclamó el viejo.

—Como usted lo oye.

—¡Magnífico!

—Sólo pongo una condición: pedirá á París uno de los principales disfraces... á usted se lo remitirán.

—Convenido.

III

El talón de la caja donde llegó el disfraz estuvo quince días después en poder de Cascabel.

Fué él mismo á la estación, y en su carruaje llevó la caja á su casa, la abrió y dentro encontró un hábito de fraile franciscano y un rosario y una caja de cápsulas contra el catarro senil.

En ella había un papel con estas líneas:

«Gasta esta y cien cajas más, repasa mil y mil veces el rosario, para remedio de tu salud y de tus pecados... y luego, empresario de cuadros vivos... prepárate... ¡prevenido! para el cuadro muerto... ¡que pronto habrás de representar un cuadro muerto! Tus amigos.»

J. Zahonero

QUEJAS FUNDADAS



—¡Pero qué cochino es Mr. Taylor! ¡Y á esos hombres les convidan á comer los ministros! Y á las personas decentes ni los ministros ni los porteros.

CHISMES Y CUENTOS

El flamante ministro de la Guerra, con una energía digna de mejor causa y para cortar de raíz no sé qué mala hierba que dicen que está brotando estos días, ha dado órdenes terminantes para que se persiga por todos los medios posibles á los periódicos que atenten directa ó indirectamente al prestigio del ejército.

No me parece mal la idea; pero al señor ministro debería empezar por meter en la cárcel á sus compañeros de Gabinete, y luego meterse él mismo.

Porque nada hay que más redunde en desprestigio del ejército que la autonomía concedida á los cubanos alzados en armas.

Y de lo cual se obtienen cada día mejores resultados.

Máximo Gómez, en una carta estúpida como todas las suyas, ha hecho constar que la guerra seguirá como hasta aquí, y que precisamente en el cambio de gobierno de la Metrópoli funda él sus esperanzas de triunfo; los barcos filibusteros salen que es una bendición de Dios de los puertos de los Estados Unidos, el Mr. Taylor ese se destapa llenándonos de injurias y hasta Méndez Capote se permite el lujo de dárnos de presidente de la república real y efectiva...

En cambio se ha conseguido aplacar más de lo que estaba el espíritu nacional, disgustar para siempre á los elementos leales de Cuba y demostrar á la faz del orbe que somos una colección de gallinas.

Alta política.



- ¡Buen cigarrillo!
 — Pues no sabes tú el principal mérito que tiene.
 — ¿Cuál?
 — Que me lo ha dado Silveira.

Gallinas, si señor. El país que, en lucha, concede al enemigo alguna ventaja, prueba ostensiblemente que le tiene miedo, que no se fia de sus fuerzas y que apela á ese recurso para *quedar bien* aunque tenga que enfundar las banderas.

Pero confesemos que la culpa no es del Gobierno solo.

Han contribuido á la pérdida de nuestra soberanía en Cuba, que puede darse como cierta, los periódicos más importantes de la Península, que han ofendido todos los días á la Nación demostrando que no es más que una agrupación de mendigos, que no tiene dos pesetas para defender su honra, pidiendo á voz en grito una solución cualquiera, apelando á todo género de paliativos para disimular el hecho bochornoso, contribuyendo á las constantes humillaciones ante los Estados Unidos, regocijándose, por odio á un general, de nuestras derrotas y de nuestras miserias, y haciendo, en fin, descaradamente, la causa de los filibusteros.

Y que la autonomía que se va á conceder no es amplia.

Cortes propias, administración propia... en fin, nos quedamos con las cargas y dejamos á las provincias sublevadas en plena independencia, con una sombra de gobernador general que no será nada entre dos platos.

Y si así se acabara la guerra, que no se acabará, Dios mediante, los preconizadores del sistema echarán las campanas á vuelo para hacernos creer que hemos conseguido un triunfo.

¡Y así han triunfado los griegos de los turcos hace unos cuantos meses!

Por fortuna, y digo por fortuna aunque parezca un disparate, los Estados Unidos, al vernos asustadicos y medrosos, querrán acabar de una vez y no se contentarán con eso. En cuanto se reúnan sus diputados y senadores acordarán lo que pide Taylor, el presidente no opondrá su *veto* y pondrán al Gabinete español en la disyuntiva de confesar su cobardía ante todo el mundo, ó de declarar la guerra.

Por ahí es por donde se ha debido empezar, y á estas horas habría concluido todo con menores gastos, con menores pérdidas y con más honra sobre todo.

Lo más grave que hubiera podido ocurrir (como tuve el honor de indicar hace dos años) era que hubiéramos perdido la isla de Cuba, pero... ¡si la quieren ustedes más perdida!...

Leo en *El Imparcial*:

«Segun dice la nota oficiosa, el Gobierno acordó ayer pedir explicaciones...»

¡Gracias á Dios que vamos á ver un rasgo de energía Adelante.

«pedir explicaciones al general Weyler sobre la exactitud de las manifestaciones que se le atribuyen.»

¡Así, duro y á la cabeza! ¡Aquí no hay más enemigo que Weyler, y contra él deben dirigirse todos los tiros!

Al mismo tiempo se concede indulto general á la prensa cubana, y se acuerda que la Nación pague los gastos de viaje de los deportados que vuelven á sus hogares tranquilos y felices... ¡mucho más felices y más tranquilos que los soldados tísicos y snémicos!

Y á todo esto el ministro de Estado, por razones de alta diplomacia (ríanse ustedes de ellas), se obstina en no dar á conocer el texto de la nota dirigida al Gobierno de los Estados Unidos.

Se han contentado con decir que es cariñosa en la forma y energética en el fondo.

Tan en el fondo va á estar la energía que no se la podrá encontrar con un candil de cuatro mecheras.

¡Con decir que ha hecho buen efecto en Washington, está dicho todo! Porque allí no puede hacer buen efecto más que nuestra debilidad.

Hablando de otra cosa, ya sabrán ustedes que la compañía del Teatro Español puso en escena, el día de la inauguración de la temporada, un entremés de Quevedo titulado *La venta*.

Tuvieron que leer al día siguiente las revistas de los periódicos.

Los apreciables desconocidos encargados de esa sección pusieron á nuestro gran satírico cual digan dueñas y protestaron como un solo guardacantón, entre un sin fin de burlas y vachufetas.

«El entremés resultó aburrido y soso, falto de ingenio, desprovisto de gracia, soporífero como el beleño...»

¡Abrete tierra y trágalos!

¡Quevedo soso! ¡Quevedo ñoño! Hasta cuando duerme Quevedo está más despierto que todos los presentes.

Lo cual no quita para que se aburrieran ustedes y hostesara el público. Precisamente lo que tiene Quevedo es... que no está al alcance de todas las inteligencias.

¡Lástima que no viviera todavía! Porque se iban ustedes á llevar un rapapolvo de los de Ordago á la grande.

Yo no conozco *La venta*.

Pero no lo necesito para juzgar que dos líneas del entremés valen cien millones de veces más que dos docenas de juguetillos de esos que dicen ustedes que están plagados de chistes.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. D.—Hombre, ¡por Dios! déjese de la manía de estar postergado, porque á todo el mundo le perjudica eso notablemente. Lo que hay que procurar es escoger bien los asuntos y no desarrollarlos en versos ramplones.

Sr. D. G. F.—Fuertecillo y picante.

Son.—Allá va eso:

¡Ah, ilusión! ¡Oh, vida hermosa!
¡Oh! que la muerte tan cercana veo.
¡Oh! no me seas callada cual un difunto
porque si no nos entierran juntos.»

¡Oh! En mi vida he visto tantos disparates.

El que menos se piensa.—Me refería al último número que se publicará este año, en el cual encontrará usted una porción de explicaciones. No le han engañado á usted en ninguna de las noticias.

Sr. D. J. V.—Es vulgarísima la idea.

XXX.—Deploro que me haya usted remitido el sello, porque estoy abrumado de ocupaciones, y me es imposible escribirle particularmente.

Verifica usted con mucha soltura. Lo que no me gusta de esa composición es el asunto, que no merece tantos endecasílabos.

Chico de linón.—Hay alguna que otra gramosa, pero demasiado fuerte, como la de la ayuda, por ejemplo. Total: que esta vez no puedo aprovechar nada.

Sr. D. L. S.—Digo lo mismo. La del cocido es la que tiene novedad, pero... ¡es de tan mal gusto!

Masito Cacas.—¡Porral! Es demasiado irreverente para la Iglesia! No se pueden tratar con esa chunga los sacramentos.. excepción hecha del matrimonio.

Sr. D. J. B.—Lo malo es que en el soneto en cuestión no todos los versos tienen once sílabas. Los hay que tienen más.

El diablo aquel.—El romance es muy mediano; no tiene sabor alguno de época, y el asunto peca de cursi.

Luis Pulido.—También es flojito ése, de forma y de fondo, desgraciadamente.

Sr. D. C. B.—Llegó su carta. No puedo decirle, porque lo ignoro, cuánto cuesta el libro que indica. Pero en la librería de Fe lo habrá seguramente.

Sr. D. A. A. M.—¡Ay, no! Tampoco puedo aprovechar ése.

Sr. D. E. E.—De las mentencias no hablemos, porque no tienen chispa de novedad ni de gracia. En cuanto á la carta, debo advertirle que *cómico* y *periódico* no son consonantes. Es una lástima, pero no lo son.

Bidal-Amor.—Es completamente triste y lacrimosa. Y además no se puede decir «ven, amigo, ven llorar», porque no es castellano. Hay que decir «ven amigo, ven á llorar». Pero entonces no es verso.

Sr. D. B. M.—La cosa tiene gracia, pero... ya pasó la oportunidad, me parece. Porque *Gedeón* hizo una parodia graciosísima de aquello.

PLUMEROS, CEPILLOS, GAMUZAS

SACUDIDORES DE JUNCO Y DE GRILLO

HULES PARA MESAS Y VASARES

Completo surtido y precios ventajosos.

BURLETE

A DIEZ CÉNTIMOS METRO

HIJOS DE M. GRASES.—Fuencarral, 8.

CONSERVAS

DE

AVES, CARNES, PESCADOS Y MARISCOS

MARCA

LA NOYESA

Depósito exclusivo de los exquisitos chocolates de cacao.

JUAN SOUTO CHAS É HIJO.—SANTIAGO

Vinos gallegos puros del Rivero.

A. SOUTO.—Mayor, 86.—MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Marrañares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

A los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.100.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º